

Los españoles, defendidos de las débiles armas de los indios por las armaduras y las viseras de los cascos, solo sufrieron algunas contusiones.

Al anochecer era Hernan Cortés dueño absoluto de la ciudad, y recogió á sus tropas en el alojamiento que hasta entónces habian ocupado.

Uno de los adoratorios fué destinado á hospedar á los tlaxcaltecas.

La noche se pasó en medio de la mayor tranquilidad, aun cuando no se olvidaron las precauciones necesarias para que los desesperados enemigos no pudieran intentar sorpresa alguna.

CAPITULO XIV.

Donde se ve que cuando la fortuna se empeña en proteger á un hombre, lo hace a las mil maravillas.



OR la mañana acordó Hernan Cortés con sus capitanes la resolucion que deberia tomar en aquellas circunstancias.

—Hemos alcanzado un nuevo triunfo, le dijo, y hemos logrado destruir una vez más las intrigas que la desesperacion inspira á Moctezuma. ¿Que creéis que debemos hacer?

—Seguir adelante, dijo Ordaz.

—Y no tener ninguna clase de consideraciones con los enemigos, añadió Pedro de Alvarado. Ya sabemos cuáles son sus intenciones. El que da primero da dos veces.

Mi opinion, por lo tanto, es que nos dejemos de contemplaciones, y que prosigamos la marcha sin dar cuartel á nadie.

—Mi opinion es contraria á la vuestra, dijo Hernan Cortés. El enemigo, aunque vencido, es formidable.

Acaso sin la ayuda de los zempoales y los tlaxcaltecas no hubiéramos podido destruir el plan fraguado por los de Cholula.

Aunque unos y otros aliados son hasta ahora leales, pueden abandonarnos y comprometernos.

Yo opino que despues de haber vencido á los cholulanos debemos brindarles la paz, y hacer ver al emperador Moctezuma que no hemos dado crédito á las acusaciones que le han dirigi-

do nuestros enemigos, suponiéndole iniciador de la sorpresa de que hemos sido objeto.

Esforzó sus razonamientos, y la conveniencia triunfó del ardor belicoso de sus capitanes.

--Antes de proseguir la marcha es necesario unir para estas gentes al prestigio de la victoria el de la generosidad.

Acto continuo se mandó llamar á los butios que tenían encerrados.

Cuando estuvieron en su presencia:

--Estais en libertad, les dijo; y en cuanto abandoneis esta morada, vereis las consecuencias de vuestra ceguedad.

Como siempre que querais luchar con nosotros os hemos vencido.

El superior poder que nos protege no nos abandona nunca. Solo habeis conseguido con vuestras intrigas que las calles de Cholula estén ensangrentadas, y que muchas madres y esposas lloren á sus hijos, á sus maridos.

Podria haber continuado persiguiendo á nuestros adversarios, y haberlos anonadado por completo; pero he tenido lástima de ellos.

Los creo arrepentidos.

Voy á mandar pregonar su perdon, á fin de que puedan volver á sus hogares á disfrutar los beneficios de la paz que les brindo.

Id vosotros á tranquilizarlos acerca de su futura suerte. Yo no les haré daño.

--Los que no protesamos vuestra repugnante idolatría, los que reconocemos al verdadero Dios, dueño y Señor de todo lo criado, sabemos perdonar á nuestros mayores enemigos.

Despues del triunfo que han conseguido nuestras armas sobre las vuestras, el mayor castigo que puedo dar á los cholulanos es dejar en su alma el remordimiento de haber ofendido á



La desesperacion le habia obligado á cometer aquel suicidio.

Lit. de Guerra y Valle.

los que no han venido á hacerles daño, sino á ser sus amigos y derramar la luz en el caos de la vida.

Miráronse los butios unos á otros como asombrados de aquella generosidad.

No estaban acostumbrados á presenciar escenas como aquellas.

Los prisioneros que hacian en sus guerras eran inmolados en aras de sus dioses, y ántes de ser llamados á la presencia de Hernan Cortés esperaban sufrir la misma suerte.

El inesperado perdon llenó su alma de alegría y gratitud.

Recelosos, sin embargo, como quien no acaba de creer en una dicha inesperada, salieron de la habitacion en donde les habia recibido el caudillo de los españoles, y corrieron en busca de los cholulanos para contarles lo que pasaba y animarles á regresar á su ciudad.

Hernan Cortés llamó á Marina.

—Alabahba, le dijo, está encerrada, y quiero darle la libertad. Como te guardará rencor, quiero que seas tú quien rompa sus cadenas.

—Inmenso es el placer que me proporcionas, contestó Marina.

Yo te aseguro que me perdonará, y que despues de saber cuanto ha pasado, será nuestra aliada y nuestra amiga.

Marina fué al calabozo en donde estaba Alabahba.

Abrió la puerta, y á favor de la escasa claridad que penetraba por una hendidura abierta en la pared, presenció un espectáculo horrible.

La india habia formado con su cendal una especie de cuerda y sujetando una de sus extremidades en una argolla, hizo un nudo corredizo con el otro extremo, le ató á su cuello y encogió las piernas para quedar colgada.

La desesperacion le habia obligado á cometer aquel suicidio.

Al abrir Marina la puerta agitó el cadáver inanimado de la

india, que empezó á balancearse á sus ojos, ofreciendo con su amoratado rostro un espectáculo que la horrorizó.

Alabahba habia escuchado desde su calabozo los ayes de sus hermanos.

Habia adivinado su derrota, y para no presenciar el triunfo de sus enemigos, se dió la muerte.

Miéntas esto pasaba, Hernan Cortés, tratando con la mayor dulzura á los embajadores de Moctezuma, les anunciaba la resolucíon que habia tomado de perdonar á los cholulanos, y les encargaba que enviasen correos al emperador para noticiarle el triunfo que habia obtenido, en la seguridad que abrigaba de que al obrar los de Cholula tan villanamente no habian obedecido á sus sugerencias.

Los embajadores aseguraron que, en efecto, el emperador no habia autorizado semejantes desmanes, y que castigaria á los que de aquella manera habian turbado la tranquilidad de sus huéspedes.

No pudiendo comprender el objeto de la generosidad de Hernan Cortés; y temerosos de que fuera un lazo, quisieron alejarse de su lado.

El caudillo se lo impidió.

—Os ha enviado el emperador para que me acompañeis, y no puedo consentir que os vayais de mi compañía.

No tuvieron más remedio que acatar esta órden.

Los butios puestos en libertad consiguieron que los habitantes de Cholula fuesen regresando á sus hogares.

Los que llegaban se presentaban inmediatamente á Hernan Cortés.

Postrándose de hinojos ante él, y haciendo toda clase de demostraciones de gratitud y de humildad, volvieron á sus hogares entusiasmados por el perdon que habian alcanzado.

Al día siguiente fueron alejados los cadáveres de las calles,

y todo volvió á quedar en Cholula como si no hubiera sucedido nada.

Alarmáronse los españoles al ver llegar un numeroso ejército tlaxcalteca.

Hernan Cortés salió á su encuentro, y reconoció en el capitán que le mandaba al valiente caudillo de los tlaxcaltecas, á Xicotencal.

—Habia jurado, dijo el heróico tlaxcalteca, no volver á luchar sino para defenderte. Apénas he sabido que corrias peligro, yo mismo me he presentado á Magiscatzin y á los senadores para pedirles el ejército que te traigo.

Ya temian ellos que fuera víctima de una emboscada, y habian preparado inmensas y aguerridas fuerzas por acudir en tu auxilio.

Veinte mil hombres me acompañan: todos, y yo el primero, venimos dispuestos á morir por vosotros.

Esta inesperada demostracion llenó de júbilo á Hernan Cortés.

No podia, no debia, sin embargo, aceptar su ofrecimiento, porque siendo su deseo continuar la marcha lo más pronto posible hácia México, y entrando en sus propósitos emplear más la diplomacia que la fuerza, alarmaria á los mexicanos y les obligaria á hacer un desesperado esfuerzo al encaminarse en su busca seguido de un ejército de veinticuatro mil indios, y entre ellos tlaxcaltecas, enemigos declarados de los mexicanos.

Pero como su inteligencia superior le impulsaba á no desperdiciar una sola ocasion, á no desprenderse de un solo cabo de los que necesitaba para formar la red que se proponia tender á Moctezuma, pensó que la paz entre los de Tlaxcala y los de Cholula podria redundar en beneficio suyo.

Dispuso por lo tanto que Xicotencal, con su ejército, se mantuviese en los alrededores de la ciudad, en tanto que él entablaba las negociaciones.

Convocando á los caciques y á los butíos de Cholula, les habló de su intento, y tan bien entabló las pláticas y tanto le favoreció la suerte, que consiguió hacer amigos á dos pueblos que eran encarnizados enemigos.

Las ceremonias de esta reconciliacion fueron en extremo solemnes.

Los de Cholula y los de Tlaxcala, representados por sus magistrados más importantes, acudieron con Hernan Cortés al punto que marcaba la frontera de ambas provincias.

Allí se juraron todos paz y amistad, celebrando con fuegos de artificio, con danzas y con ejercicios gimnásticos, que asombraron á los mismos españoles, un acto que ponía término á las rivalidades, à las luchas que desde tiempo inmemorial venian sosteniendo aquellos pueblos.

De este modo consiguió Hernan Cortés el triunfo moral más grande que registra la historia del Nuevo Mundo. (B)

CAPITULO XV.

Un lazo descubierto.



HERNAN Cortés, ántes de que encargase á los embajadores que anunciassen á Moctezuma el resultado de la batalla sostenida entre los cholulanos, enviaron aquellos correos de hora en hora para que noticiasen à su señor los pormenores de aquella sangrienta lucha.

La desesperacion de Moctezuma llegó al colmo.

Era necesario reunir todas las fuerzas del imperio y arrojarlas sobre los españoles para que los desbaratasen de una vez.

Sin embargo, aquellos enemigos se hacian cada vez más formidables.

En Tabasco habian vencido á una horda de salvajes.

En Tlaxcala habian destruido un ejército casi tan poderoso como el mayor que él podia reunir.

En Cholula habian triunfado de la astucia y de la fuerza combinadas.

¿Qué resistencia podia emplear contra aquellos hombres, al parecer invencibles?

Mandó de nuevo consultar á los dioses.

Se entregó con más asiduidad que nunca á la oracion.

Mitigó un momento sus rigores para aplacar el odio que inspiraba á sus vasallos.

Consultó á los augures, y uno de ellos que gozaba fama de sabio: